



Juan
Micael

Elena Molina



El Sistema de Editoriales Regionales (SER) es el brazo ejecutor del Ministerio del Poder Popular para la Cultura para la producción editorial en las regiones, y está adscrito a la Fundación Editorial El Perro y la Rana. Este Sistema se ramifica por todos los estados del país, donde funciona una editorial-escuela regional que garantiza la publicación de autoras y autores que no gozan de publicaciones por las grandes empresas editoriales, ni de procesos formativos en el área de literatura, promoción de lectura, gestión editorial y aspectos comunicacionales y técnicos relacionados con la difusión de contenidos.

El SER les brinda estos y otros beneficios gracias a su personal capacitado para la edición, impresión y promoción del libro, la lectura y el estímulo a la escritura. Y le acompaña un cuerpo voluntario denominado Consejo Editorial Popular, co-gestionado junto con el Especialista del Libro del Gabinete Cultural estatal y promotores de literatura de la región.

Aprender-haciendo es el fin primordial de la colección *Piedra, papel o tijera*, buscando el encuentro de nuevos lectores, con historias, cuentos, poemas y dibujos, de una manera sencilla, lúdica, experimental y creativa, donde el lector pasa a ser parte de la obra literaria a través de la interpretación, la elaboración de juegos y la lectura creativa-participativa en el que se pueden colorear historias hechas para los más pequeños y curiosos creadores. Seguros de poder contribuir a crear el hábito de la lectura, la curiosidad y la capacidad de análisis para crear historias, entregamos a los más pequeños esta colección donde aprenderemos a crear nuestro nuevo mundo posible.



Ukumarito (voz quechua), representación indígena del oso frontino, tomada de un petroglifo hallado en la Mesa de San Isidro, en las proximidades de Santa Cruz de Mora. Mérida – Venezuela.



© Elena Molina
© Fundación Editorial el perro y la rana, 2024
Ministerio del Poder Popular para la Cultura
G-20007541-4
Centro Simón Bolívar, Torre Norte, Piso 21, El Silencio,
Caracas - Venezuela 1010
Telfs.: (0212) 377.2811 / 808.4986
<http://www.elperroylarana.gob.ve>
@perroyranalibro
Fundación Editorial Escuela El perro y la rana
Sistema de Editoriales Regionales-SER, Mérida
Calle 21, entre Av 2 y 3. Centro Cultural Tulio Febres Cordero, nivel sótano
Mérida - Venezuela
merida.ser.fepr@gmail.com
Imprenta Mérida
Fundación para el Desarrollo Cultural del Estado Mérida - FUNDECEN
Corrección: Karelyn Buenaño
Diseño y diagramación: YesYKa Quintero
Ilustración de portada: © Laura V. Medrano
Depósito Legal: DC2024000284
ISBN: 978-980-14-5524-0



Juan Micael

Elena Molina

Fundación Editorial El perro y la rana
Sistema de Editoriales Regionales-SER | Mérida. 2024
Colección *Piedra, papel o tijera*



Se diría que Juan Micael es un niño gordo. ¡Pero no!

Juan Micael lleva puestas dos franelas, dos pares de medias y unas botas de caucho más grandes que sus pies. Un gorro de lana se asoma tímido, casi oculto por la capucha de un suéter color naranja. Su ropa huele a humo de leña.

El rostro de Juan Micael luce quemado por el sol y el frío. Es un niño de una sonrisa cálida, unida a una mirada intensa. Es hijo de la montaña y del frailejón, del río y la neblina, y es el nieto de Micaela. Pocas veces, muestra el negro tinto de su cabello lacio, que rara vez peina.

Juan Micael es un niño listo, laborioso, pero a ratos se entretiene con la argolla que está pegada a la puerta de la cocina; y, al darle giros, se escucha el sonido cuando golpea la madera.

Una línea oscura bordea sus pequeñas uñas, llenas de tizne y de tierra. Ahora sí es verdad que la maestra lo va a regañar, lo va a acusar con el director, con la mamá, con... la nona y hasta con el bedel. ¡Eso dijo!

Mientras tanto, Juan Micael ve subir el humo de la leña encendida, que alegre busca los nuevos rayos de luz cuando se cuelan por la ventanilla.



El desayuno

Dos pollos, uno blanco y otro saraviado, dan vueltas en la cocina y se atraviesan a su antojo entre las personas. Recogen las migas de los alimentos que caen al piso.

Juan Micael saca la mano del bolsillo y recibe el plato con una humeante arepa, cuajada, y un pocillo con leche de la vaca marrona.

— ¡Dios le pague! -responde agradecido-.

Y la sonrisa muestra dos grandes y anchos dientes.



Crece el río cristalino, abundante, feliz e indiferente.

Juan Micael camina por la franja negra, muy cerca de los pastos, los cultivos y el río. Los jardines de las casas lucen montoncitos de ramilletes rojos, lilas y blancos claveles, rosas, pensamientos y margaritas, que se apretujan para asomarse entre el alambre de gallinero. Las cestas de frondosos helechos cuelgan de los aleros ante la línea de tejas y el azul del cielo.

Es una larga caminata hasta la escuela, y atrás van quedando las casas amarillas, verdes, blancas y azules; unas con tres ventanas, otras con cinco puertas, y algunas con flamantes escritos en las paredes donde ofrecen chimó, queso, pan, y las más dulces y grandes fresas. Los abrigo y las ruanas, rojas y azules, cuelgan altas contrastando con el paisaje.

Juan Micael carga el morral en la espalda, lleno de cuadernos y lápices. Corre, y a veces da saltos mientras el aire frío de las montañas despierta su rostro...



La nona

El cabello de la nona Micaela tiene el brillo de la plata. Lo alisa amorosamente para asegurarlo con una peineta. Sus manos son gorditas y la piel salpicada con manchas oscuras. Micaela tiene muchos nietos y solo uno es quien lleva su nombre. Micael.

A la nona, como a la gata, le gusta el solecito. Se pone a revisar las hojas secas de las matas, mientras recibe todo el sol de la mañana. Pero Luna... Luna se vuelve un rollito de color cenizo oscuro, y se duerme en una silla un largo rato.

Con su voz suave lo llama:

– Fuancito... Fuancitooo ¿Ónde se habrá metido ese muchacho?

Y lo busca en el cuarto y en la cocina, en el patio y en el corral.

– Ese Fuancito es muy tremendo.

Y entonces cuenta algunas de las diabluras de Juan Micael.

– En la noche, le pongo tantica agua a un vaso y meto las planchas. Busté puede crer... que les zumbó un poco de pan. Antonces el pan se tomó el agua... Micaela se ríe contando la gracia. ¡Es tan ocurrente ese muchacho del carrizo!

— Y la otra jue cuando se encontró la gata. Pues la tenía escondida y tapada con trapos y ramitas. Pero él, en conversas, se dio de mañas y le dijo: “Mamá... puro por hoy... ¡Por hoy!”

Y la gatica se quedó para siempre.



Apenas siete

Son siete. De los siete, tres van a la escuela bien temprano. Los otros... los más grandecitos ayudan al papá. La niña no, porque es la más pequeña de la casa.

Algunas veces, bajan la cuesta corriendo y hacen competencias entre ellos, se juegan y a ratos ríen.

Juan Micael se conoce de memoria todo el camino. Los muros de antiguas piedras donde los helechos y el musgo las cubren como una manta.

De pronto, atisban en el azul del cielo el vuelo del cóndor, les parece un trazo de carbón.

– Allá va... mírelo, mírelo, usté parece bobo...
alláaa va, allá... allasote.

Entre burlas y juegos, se persiguen, aceleran el paso dando carreras.

¡Perritos! ¡Perritos!



Chía la perra, es lanuda, los ojos parecen dos caramelos de coco, y es toda blanca como la luna.

– Pedro, Nelsito, Quique y busté Juan Micael, cada uno lleva un perrito y se paran en la orilla de la carretera.

Mientras tanto, le pasan la mano una y otra vez desde la cabeza hasta la colita y ellos responden cariñosos husmeando en las rojas mejillas.

Sin muchas ganas de venderlos, cada uno va enseñando el que tiene entre sus manos y en medio de un griterío muestran los perritos a los viajeros.

– ¡Perritos! perros mucuchíes... ¡Perritos!

Juan Micael, como regalo, entrega un atado de flores campesinas, agitando sus manos, dice adiós.

Más tarde, como una fila de hormigas inician el retorno a casa para contar los cuentos de ese día.



Cuando yo sea grande

Los ojos de Juan Micael son negros y vivaces. Con la mirada escudriñan todo. Y en su rostro, se nota la piel enrojecida de las mejillas quemadas por el frío

La maestra les pregunta:

– ¿Qué quieren ser cuando sean grandes?

Todos gritaron al unísono:

– Enfermeraaaa, poliicia, astronauta, heladero... pelotero.

– ¡Maestra! ¡Maestra!... Yo quiero serrr...

– Cuando yo sea grande, quiero ser... ¡Policía! Policía, reafirma Juan Micael. No, nooo, mejor quiero ser camionero... Voy a tener un camión. Un camión bien grande... grandote como el de mi tío y lo cargo con zanahorias, papas y ajos.

Juan Micael cierra los ojos y se imagina dando volantazos a uno y otro lado de la vía. Los pies ni siquiera le llegaban a los pedales y así era muy difícil manejar. Sacaba la cabeza por la ventana y sentía el aire cálido.

Imaginaba el mar, el agua azul, del inmenso mar... y al ir bajando la mirada por el pecho y los pantalones, logró ver sus pies dentro de aquella agua tibia y cristalina.

Y cuando Juan Micael abrió los ojos... descendió feliz de aquel camión.



Juan Micael cae enfermo y entre la somnolencia siente y escucha la voz suave de la nona Micaela. Tiene calenturita. La nona cierra los ojos y se queda pensando. En ocasiones, con el dorso de su mano, le palpa el cuello y calcula la temperatura.

– ¿A este muchacho del cipote le pegó la calentura?

Micaela, la nona, exprime trapitos y se los coloca sobre la frente y los ojos. El agua se escurre entre el pelo, o baja por las orejas. Lo moja de nuevo y le humedece las manos. Pero al llegar a los pies, comenta:

– Qué patas... ¡Jediondas!

Juan Micael siente deseos de vomitar y con los puños de las manos se aprieta el estómago para aliviar un tanto el dolor. Los gases empiezan a salir.

– ¡Eso, son bichos!... -asevera-

– La cabeza, nona... la cabeza me duele, me duele...

Y ella, entre su angustia, repite en voz baja las oraciones que sabe.



La casita

Un muro de piedras bordea el camino y el aire frío ambienta el paisaje. Un gallo canta anunciando que son las tres. Y a la distancia, otros van respondiendo: — ¡Ya son las tres!... ¡Ya son las tres!... ¡Las tres!...

Las paredes de la casita son gruesas, blanqueadas con cal y una franja azul adorna la parte de abajo.

Arriba de la puerta una cruz de ramo bendito han pasado varias Semanas Santas. Un banco de madera desde donde se disfruta el paisaje a la distancia. Una silla de plástico con una pata partida es un juguete porque se desliza muy fácil.

La nona y la mamá aprovechan un clarito de sol, mientras toman café a sorbos en un pocillo de peltre.

Conversan de espantos, de aparecidos, de difuntos. Juan Micael se esconde porque le da mucho miedo.

Cerquita del cielo



Las estrellas no se pueden contar porque es malo... así dicen. Pero desde el patio de la casa... ¡Sí! Y casi las podemos tocar.

– Una, dos, tres... las estrellas otra vez... cuatro, cinco, seis... mil... (risas) novecientos... siete mil, un millón de estrellitas.



La neblina

Hoy la neblina decidió bajarse y va pasando de prisa. Como una cortina borra el paisaje y se recuesta en las casas, en las calles y en los árboles. Se tiende sobre la franja negra.

El viento también se la va llevando, llevando, a veces rápido.

La lluvia hace el día más frío, y cuelgan gotas temblorosas en los alambres de púas. Un caballito resignado con sus largas pestañas y mirar sumiso soporta las inclemencias del tiempo, y atado a la tierra espera por un rayo de sol.

Juan Micael, acompañado por su perro, lo va llamando. A ratos, estrena sus primeros silbidos y, mientras, se le acerca y le dice algunas cosas.

— ¿Qué piensa?... Si es que los caballos piensan.

El escarabajito



– Juan Micael, Juan, Juuuuan... Es Pedro, el hermano, quien lo llama para hacerlo cómplice en el encuentro de un escarabajito paramero como él, como la nona, como... toda la familia.

Es negro, muy negro y pequeño. Pedro lo tiene atrapado y para que no se escape, le hace una pequeña cueva con las manos.

– Mejor, Pedrito, lo ponemos en un frasco. ¿Qué le parece?

– ¡No! Es mejor encontrar una cajita donde guardarlo esta noche.

– No, no... ahí no.

– Es tan chiquito. Pedrito, mejor suéltelo, que se vaya. Dice la maestra que los escarabajitos del páramo están por desaparecer

– ¿Y si lo soltamos? Sí, sí...

Y juntos lo vieron volar hacia el infinito.



Lejos, lejos

Cerca no hay casas.

Es que, las distancias son casi infinitas.

De lejos la casita, asomada entre azules montañas,
parece un diamante.



En una esquina del pequeño cuarto, una mesita pintada de azul parece una parte del cielo. Allí viven en perfecta armonía varios santos y santas, alumbrados con una lámpara de aceite de tártago.

Un tapete tejido la cubre, y muy cerca está un rosario de cuentas negras sostenido por un clavo.

Recostada a la pared, una cruz de ramo bendito y un lazo amarillento por el tiempo de las primeras comuniones de los muchachos.

Y el grupo de muchachos se acomoda como puede para empezar a rezar.

– En el nombre del Padre, del Hijo y del...

Cuando van por las quince avemarías, la nona se queda dormida con el rosario en la mano.

Se miran las caras unos a otros, y rápido la risa se les contagia.

– ¡Epa, Juan Micael!

Entonces, Pedrito le da un codazo; y Juan Micael, para no ser descubierto, se cubre la boca con la mano, y suelta la risa.



Por las noches

No se sabe...

hasta dónde suben las casas,

ni hasta dónde, bajan las estrellas...



La nona Micaela a veces se sienta en el patio con las tijeras, el hilo y una aguja. En silencio, va recortando en el aire la ropa en desuso, y les da nueva vida.

Trapos con flores, con rayas, azules, verdes, con lunares. Les pasa una mirada con detenimiento.

– Esto era un camisón mío...

Nona... nona, y ¿qué será lo que va a hacer?

– Nona, esta camisa era mía...

En un descuido, Juan Micael se cortó un mechón de pelo que le caía sobre la frente. Se pasaba la mano, y reía con picardía.

– Ora si jué verdá... ¡Muchacho del carrizo! ¡Se trozó las mechas! Aguaite tantico...

Dice, levantando una mano en un gesto de enojo.

– La aguja... La aguja... ¿Ónde está la agujita? Este muérgano muchacho me la perdió.



La colcha

Cuando por fin apareció la agujita luego de mucho buscar en el piso, en el cuello del vestido, y revisando entre los pelos que Juan Micael se cortó, la nona se chupó el hilo para afinarlo, pero no logró enhebrar la aguja.

– Se me está mermando la vista.

Y empezó a dar puntadas y puntadas. Unía cuadritos de telas amarillas con violeta, naranjas con azules, verdes y rojos, lunares con rayitas, rayitas con azules, negros con amarillos... y la colcha iba creciendo y creciendo entre los dedos suaves y gorditos de la nona Micaela.

Al finalizar la colcha de retazos, parecía la obra de un pintor.

Lluvia de estrellas



Desde el patio de la casa, la noche parece rociada con escarcha. Miles de estrellitas se pueden ver en ese fondo negro.

La sombra tímida se va prolongando en un silencio que rompen los grillos.

En las noches de luna, Chía -la perra- parece más blanca, y se echa en el piso de tierra. Desde allí, entre gemidos y el mirar lastimero, también espera la lluvia de estrellas.

A la nona no le gusta el frío de la noche. Acostada con el suéter, el gorro de lana y las cobijas, apenas se le ve una parte del rostro.

Las planchas de los dientes pasan la noche nadando en un frasco con agua, y su voz dulce se torna rara.

– Ción nona...

– Dios lo ampare, mijito, y lo haga güeno. Apague la velita.

En la oscuridad, el hilo de humo iba subiendo hasta desvanecerse; y, por un rato, queda el olor a vela recién apagada.



Pasé, paseé... de grado

Entre neblinas y frío, entre lluvias y tareas, se suman las horas de camino para llegar a la escuela o para retornar a la casa.

Al final del año escolar, aquerenciado con la maestra y con los compañeros de clase, Juan Micael celebra dando saltos y gritos de alegría.

– Pasé, paséeee, paséeee...

Es el estreno de días libres de la escuela. Todos ayudan en las labores de la casa, y en la siembra. A Juan Micael también le encomiendan algunos mandados y, acomedido, se alegra de hacerlas.

– Limpie el corral, muele el trigo, busque la vaca...

Chía, empeñosa, lo sigue y se mantiene todo el tiempo tras sus pasos. Cuando entran al corral, el gallo se espeta demostrando su gallardía.

A picar troya



En el bolsillo del pantalón, Juan Micael tiene el curricán y dos trompos. En el abrigo naranja, una chuyina. Todos de diferentes colores, y los lleva a la escuela como si se tratara de una tarea.

– Amo, chino, a picar troya. - Invita Juan Micael. El mío está sedita.

Y como para incitar al posible jugador, saca rápidamente uno de los trompos. Ceremonia, y empezar a enrollar desde la punta destreza.

Con mucha seguridad en el juego, adelanta una pierna, y los ojos se detienen entre el trompo y el curricán para dar una vuelta a la corona.

– *Es toda una ceremonia.*

Lo va enrollando, enrollando desde la corona hacia abajo. Luego, dos vueltas en el índice y lo lanza.

El trompo baila, baila... baila, ruzna y se pavonea.

Juan Micael se agacha y, obediente el trompo, sube bailando por entre sus dedos hasta ubicarse en la palma de la mano derecha.

Ya van cinco.

– Venga chino, vamo a picar troya.

Y así completan los seis jugadores.

Con pericia, el dedo de Juan Micael traza un círculo en la tierra. Otro coloca una moneda en el centro. Y uno a uno lo lanzan con latigazos para que acierte el centro.

– Usté chino, usté se tiende...

– ¡Ajá!

– Errón arriba...listo. ¡Guerra, guerra, chino!

Otros muchachos se van acercando. Uno de ellos comenta la jugada mientras, con el dorso de la mano, se arrastra los mocos.

– Esa chuyina tá muy tatareta.

El pesebre



Es un día de diciembre, los corazones casi se salen de los abrigos, y el cielo tiene un azul impecable.

Se alegran mucho al ver las bolsas donde guardan el nacimiento. El ánimo se contagia. Ellos y la curiosidad están presentes. Todos quieren ayudar, tocar y mirar.

Los papeles pintados con anilinas y escarchas hacen de nuevo, cada año, el mismo papel. Papel de montañas más empinadas, más azules que verdes. Después serán picos cubiertos con algodón. Un pedacito de espejo es una laguna donde un pato de plástico pasa el tiempo.

El Nacimiento, San José, la Virgen y el niño Jesús envueltos en trapitos salen de su reposo; y el Ángel de la Anunciación -vestido de azul- tiene en su mano una estrellita de lata.

Juan Micael encuentra un rey con la nariz partida... y eso es un largo ¡Ay!

— ¡Yaa! ¡Deje de estar esculcando! Muchacho del carrizo.

— ¡Pobrecito, nona! Pobrecito...

Las ovejitas de la más blanda madera, arrebuajadas en algodón rizado, la pasan echadas sobre un cartón, y

los pastorcitos esperan para adornar el pesebre.

– Mire, mire las casitas, y la mula, y el gallo -dijo Pedrito-

Y las ideas florecieron:

– Esta vez lo hacemos así...

Primera comunión



Los sábados eran días de Catecismo, de oraciones, de preguntas, de pecados, de miedos. Y del enemigo malo. También del Credo, los preparativos, y el banquete.

Esa palabra a Juan Micael le parecía muy grande. ¡Banquete!

– Ban-que-te... ban-que-te...

Repetía y repetía: “ban- que- te”. Y la palabra le daba saltos y vueltas en su cabeza.

– Recuerden: no, nooo, no y no pueden decir groserías... ni una sola grosería.

Y bueno, apenas confesó una palabrita ¡mala!

A decir verdad, fueron dos. Dos palabras malas que las dijo un día, jugando metras; y bueno. Cerró la mano y... se le salió la palabra.

Y el otro pecado que acusó fue cuando amenazante le dijo a un chino de la escuela:

– ¡Ya va a ver! ¡Ya va a ver!... Lo que le va a pasar...

Por fin, llegó el domingo, el día de la Primera Comunión, y desde lejos se oían los alegres repiques de las campanas. Juan Micael, ufano, giraba la cabeza para ver el lazo sobre el azul oscuro del suéter. Se sentía feliz, tan

feliz como el ángel dibujado en el catecismo. El corazón le latía muy emocionado, creía que caminaba sobre las nubes, tal vez por la pureza que debía guardar.

La mesa para el desayuno estaba cubierta por un mantel muy blanco, adornado con espigas de trigo. La catequista y las otras personas parecían unas abejas revoloteando a todo cuanto allí acontecía.

La oración, algunas fotos.

Entramos en fila. Y los platos servidos con pan, queso blanco, un poquito de jamón, mermelada de moras, una taza con chocolate caliente, y un ramito de uvas.



El tío viene. Viene a visitarlos dos días. Apenas dos días. El camioncito, dice papá, que lo deja abajo en el pueblo.

¿Y si viene la tía? ¿Sí? ¿Sí? Vienen todos. Querían saber más.

Pero el tío llegó solo. Y como un Rey Mago les lleva presentes, roscas con azúcar pintada de rojo, paletos, pan, aliados, quesadillas...

– Su tía -dijo- les manda unas cositas.

Pero la alegría se desvaneció en el momento cuando escucharon que se llevaba a la nona.

– ¡No, no, a la nona no...! ¡No! Y nooo...

A todos los invadió la tristeza. También a la nona. Y Juan Micael se tapó las orejas. Quería llorar... A la nonita no se la llevan. No queremos. La escondemos.

Al día siguiente, fue colocando lo necesario en una caja. Buscaba la manera de estar cerca, lo más cerca de ella como para guardarla en la mirada y retenerla en el tiempo.

– Nona, no se vaya... ¡No se vaya nunca!

Esa mañana dejó la tristeza en la piel. Los brazos no alcanzaban para rodearla, y el silencio hacía ruido en el llanto.



La despedida

Asomados a la puerta de la casa, las miradas tristes con una mezcla de mocos y lágrimas ante el viaje de la nona. Ella también sentía un nudo que le aprisionaba la garganta y el corazón, aunque demostraba ser fuerte.

Sin saber ni entender, preguntábamos una y otra vez al tío:

– ¿Cuándo la trae? ¿Cuándo nos trae a la nonita?

Las preguntas quedaban sin respuesta.

Fue la nona quien los fue abrazando, y con su voz dulce y pausada iba diciendo al oído de cada uno:

– Pronto regreso...

Y dibujaba las líneas de una cruz en las frentes.

Juan Micael seguía muy cerca de ella, con la mirada puesta entre la cajita donde se encontraban sus vestidos, y la figura de la nona con alma de algodón.

Prolongaban la despedida colgando comentarios y pequeños silencios. Los ojos se iban detrás de su figura, y en las mentes la palabra ausencia hasta perderse en la lejanía.

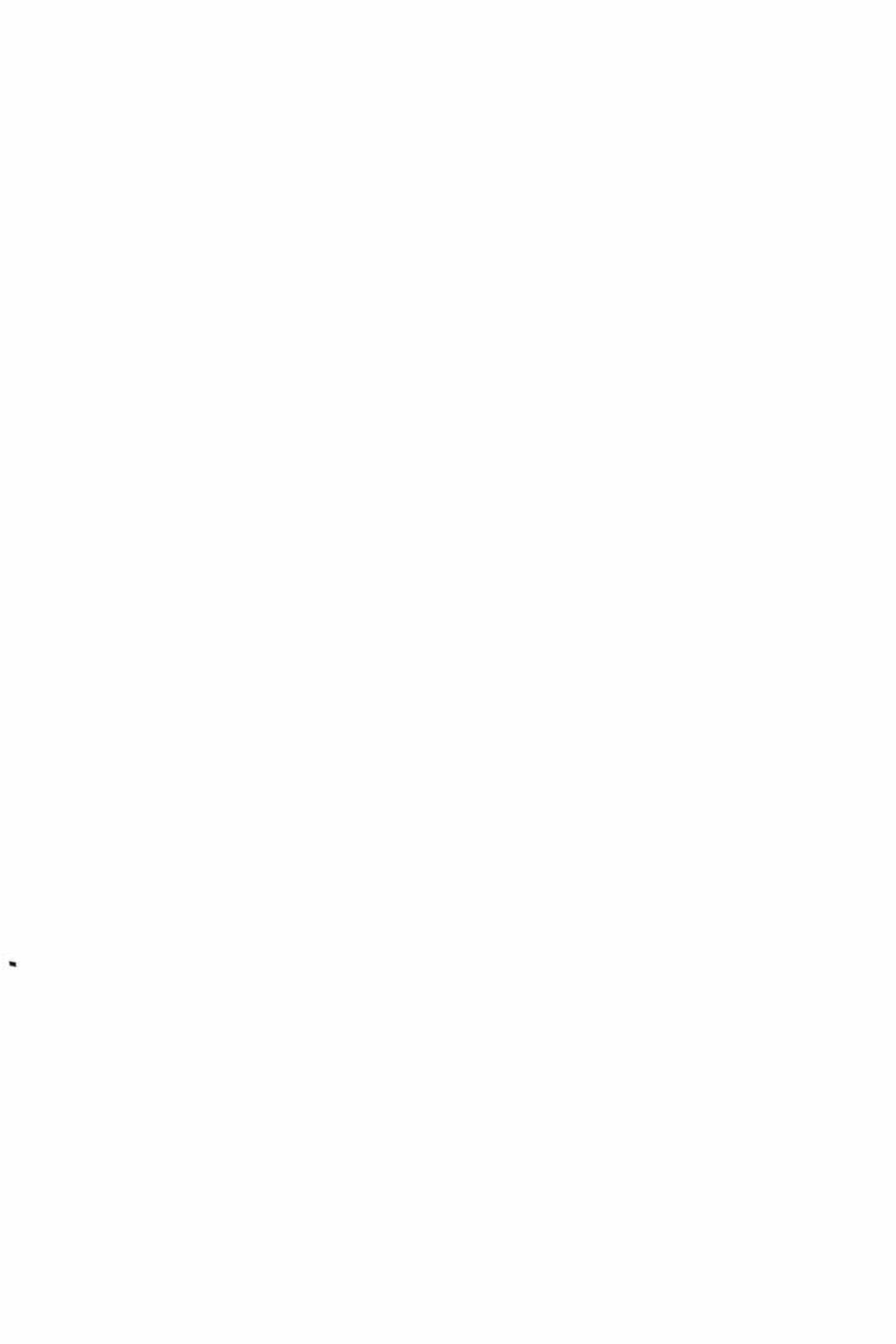
– ¡Ción, nonita!... ción...

Índice

Mientras tanto	7
El desayuno	8
A la escuela	9
La nona	10
Apenas siete	12
¡Perritos! ¡Perritos!	13
Cuando yo sea grande	14
La calentura	15
La casita	16
Cerquita del cielo	17
La neblina	18
El escarabajito	19
Lejos, lejos	20
El altar	21
Por las noches	22
De retazos	23
La colcha	24
Lluvia de estrellas	25
Pasé, paseé... de grado	26
A picar troya	27
El pesebre	29
Primera comunión	31
La visita del tío	33
La despedida	34



Marzo de 2024
Fundación Editorial El perro y la rana
Sistema de Editoriales Regionales - Mérida
Mérida - Venezuela



Colección Piedra, papel y tijera



Juan Micael

La increíble historia de un niño de los andes que cuenta con ternura y limpidez sus travesuras, sus juegos, sus querencias, y la visión de un mundo oculto entre montañas que traspasa todo límite para ofrecerse en un lenguaje fresco y conmovedor a los niños de todos los rincones de Venezuela.



Sistema de Editoriales Regionales – Mérida

Elena Margarita Molina Morales

(Mérida, Venezuela, 1949)

MSc en Educación. Artista plástico, pintora y escultora. Escritora de poesía y narrativa para niños y adultos. Fue miembro directivo de la Asociación de Escritores de Mérida, y miembro fundador directivo de La Casa de la Cultura Juan Félix Sánchez. Recibió en 2023 un reconocimiento por su aporte a la Literatura Infantil y a la Promoción de la Lectura en el 74º Aniversario de la Fundación del IPASME. Obras: *Conticontando* (2006). *Cantos que cuenta la luna* (2019). *El oso de anteojos* (Versión en físico y en braille - 2022). Aparte de numerosas obras inéditas. Su obra ha sido divulgada en numerosas antologías.